

bebida, y les preguntaron lo que darian por su conduccion al Senegal. Se les ofreció aún mas de lo que pidieron, y al punto nos pusimos en marcha.

El 17 al despuntar el sol divisaron los cautivos un barco que se aproximó rápidamente; reconocieron el pabellon francés, lo que hizo palpar su corazón de alegría y esperanza; pero desapareció á poco: era el Argos que buscaba los naufragos para conducirlos al Senegal; pero no percibió las señales que le hacian, lo cual fué una fortuna para los desdichados de la balsa, puesto que por haber continuado en su derrotero, los halló á punto ya de espirar.

Por fin, el 19 encontraron un marabut que anunció la próxima llegada de un enviado de la colonia: Mr. Karnet, en traje de moro y montado sobre un camello, apareció acompañado de otros cuatro marabus. Este filántropo irlandés acababa de arrostrar grandes peligros por buscar á los naufragos, para distribuirles los viveres que traia consigo. Ninguno tuvo paciencia para dejar cocer el arroz, sino que lo deboraron crudo, añadiendo á los tormentos del hambre peligrosas indigestiones, que no fueron obstáculo que estorbaba comprar un becerro y componerlo á estilo de los moros. Por mas esfuerzos que hicieron Mr. Karnet, Petit y otros, no fué posible contener á aquellos desgraciados, que pagaron muy caro, algunos hasta con la vida, su temeridad en comer.

El mismo dia reapareció el Argos á distancia de una legua; los naufragos dispararon algunos tiros, y los del mar enviaron una lancha que se acercó cuanto pudo á tierra. Mr. Karnet, Hamel y su hermano llegaron á ella, en la que se trasladaron á bordo. El capitán les envió con otra lancha una barrica de galleta y algunas botellas de aguardiente; pero como no pudo aproximarse la lancha, se echaron al agua con esta carga y consiguieron depositarla en tierra. Petit distribuyó una parte de la galleta y del aguardiente, y cargó el resto en los camellos. Entonces fué cuando los de la carabana se enteraron de la triste suerte de los de la balsa. No distaban ya de la colonia del Senegal mas que veinte leguas. La carabana llegó por fin el 23 de Julio á medio dia. A pesar de los padecimientos de tan penosa travesía, solamente perecieron una muger y cinco hombres; tres se perdieron en el desierto, y entre ellos un militar, á quien cogieron los moros y condujeron á la isla de San Luis, despues de retenerlo un mes.

El naturalista Kummer, uno de los seis individuos que creyeron deber abandonar á sus camaradas, fué tambien apresado por los moros, pero como sabia el árabe y conocia sus ceremonias, le trataron magníficamente, y consiguió lo mismo para otro compañero de naufragio que habia sido tambien apresado y conducido donde Kummer. Ambos fueron conducidos á la isla de San Luis por el gefe principal de uno de aquellos aduares.

VI.

PRINCIPALES AVENTURAS DE MUNGO-PARK, EN EL INTERIOR DE AFRICA.

Mungo-Park no es bajo ningun punto de vista un viajero vulgar, pues muy distante de entrar en sus miras la especulacion, lo emprende todo por amor á la humanidad y á las ciencias.

Procuraremos dar á conocer algunas circunstancias de su viage.

Aceptados sus servicios por la Sociedad de Londres de descubrimientos en Africa, se dió á la vela en un buque que ancló en Gillifria, ciudad situada en la orilla septentrional de Gambia.

Despues de procurarse un caballo, emprendió su expedicion segun las instrucciones que llevaba, las cuales consistian en recorrer el curso del rio Níger, visitando las principales ciudades por que pasa.

Una caravana que iba á partir en la misma direccion no tuvo por conveniente convenir en que Mungo-Park formase parte de ella, y por lo tanto se vió precisado á marchar solo, acompañado de un intérprete llamado Johnson y un criado negro que tenia por nombre Demba. Mungo-Park montaba un caballo vivo y nervioso, y sus dos compañeros de viage le seguian en asnos; su equipage se componia de provisiones de boca para dos dias, y de un ligero surtido de cuentas de vidrio, ámbar y tabaco; llevaba un poco de ropa blanca para su uso, un quitasol, un cuadrante de círculo, una brújula, un termómetro, dos fusiles, dos pares de pistolas y algunos otros objetos insignificantes.

Un negro libre llamado Madiba, dos comerciantes de esclavos y otro negro, de oficio herrero, que habia estado al servicio de un doctor inglés, establecido en Pisanja á orillas de Gambia, se ofrecian á acompañarle mientras siguieran el mismo camino.

Tuvo un viage bastante feliz mientras transitó por los reinos de Walli, de Wuli y de Budon; su viage comenizó á dificultarse en Joag, primera ciudad del reino de Kakgaaga fronteriza al reino de Budon.

Aquí llegaron algunos hombres á caballo que entraron en la ciudad, despertaron al patron de la casa en que me habia alojado y se acercaron hasta mí; uno de ellos, creyéndome dormido trató de apoderarse de mi fusil. Madiba y el herrero habian ido á otra poblacion, y regresaron antes que yo pensaba para informarme anticipadamente que de orden del rey se dirigian en busca del hombre blanco, diez hombres á caballo. En tanto que me daban este aviso llegaron, y estos y los de la noche anterior me rodearon teniendo cada uno un fusil entre sus manos.

Pedí que se me hablase en *mandinga* que comprendia yo, y convenido en ello, tomó la palabra un hombre pequeñuelo, y me dirigió una arenga diciendo habia entrado en los dominios de su rey sin pagar los derechos ni hacerle ningun regalo, y que en su virtud, por las leyes del pais, quedaban embargados mis criados, mis bestias y equipages; ademas traian orden de trasladarme á Maana residen-

cia del rey. Tuve que consentir en obedecer esta orden.

El herrero, creyendo sincero mi consentimiento, me llamó aparte y me dijo que estando para declararse la guerra entre su pais y el que pisaban, le perdía sin remedio pues iban á apoderarse de su pequeño equipage, en el que llevaba el fruto de cuatro años de economías. Deseando ser útil á aquel excelente hombre llamé al de la arenga, que era hijo del rey, y le dije no consentia en marchar con él, á menos que se dejase libre al herrero, proposicion que no aceptó. Pregunté á mi patron, despues de hacerle algunos regalos, qué debia de hacer, y contestó no debia aventurar llegar hasta la presencia del rey, porque su intencion formal era la de apropiarse cuanto yo poseia.

Por último, instados en que si habia faltado era á causa de ignorar los usos y costumbres del pais, tomaron cinco dracmas de oro y registraron mi equipage, y se apoderaron de la mitad de él, estrañando al mismo tiempo no encontrar tanto oro y ámbar como suponian.

Esta manera tiránica de obrar con los extranjeros, asustó á los negros que me acompañaban, invitándome todos á retroceder: nuestra posicion era crítica, pues la falta de dinero nos imposibilitaba pagar las provisiones: yo sabia que si mostraba el ámbar y las cuentas de vidrio que habia podido ocultar informarian al rey de ello y me las quitarian.

Cerca de anochecer estaba sentado y lleno de tristeza, cuando acertó á pasar á mi lado una vieja esclava y me preguntó si habia comido. Yo creí que pensaba burlarse y no la contesté, pero el herrero lo hizo por mí, diciendo que el rey nos habia quitado cuanto poseiamos. Pareció muy conmovida y regresó pronto, trayendo algunos puñados de alfonsigos, retirándose antes de que pudiera darla las gracias. Su conducta me conmovió mucho.

Enterado de que habia un blanco en Joag vino á visitarme poco despues que la esclava un sobrino del rey de Kasson, que venia de embajador de su tio para arreglar las diferencias suscitadas entre ambos reinos. Entonces le hablé de la inícuca conducta del rey de Kakgaaga, y me ofreció su proteccion y guia hasta el reino de su tio.

Al amanecer nos pusimos en camino con el embajador y hasta treinta personas de su comitiva, y antes de ponerse el sol estábamos en Samia á orillas del Senegal. El 28 de Diciembre abandonamos á Samia y llegamos á Flagea, por donde debíamos pasar aquel rio, que en este parage tenia un lecho muy profundo. Los caballos y algunos hombres le pasaron á nado, aunque costó mucho trabajo y mucho tiempo para hacer entrar las bestias en el agua; nosotros en una canoa.

Demba Sego dijo así que pusimos pié en tierra, que estábamos en los estados de su tio y fuera ya de todo peligro, y que esperaba que en testimonio de mi agradecimiento le haria un buen regalo.

Semejante modo de insinuarse despues que sabia el espolio de que habia sido víctima en Joag me sorprendió sobremanera; pero no tuve otro remedio que enviarle siete barras de ámbar y un poco de

tabaco, con lo cual quedó satisfecho al parecer. Despues de una jornada muy larga, llegamos á Tiesia, donde nos presentó Demba á su padre, hermano del rey de Kasson y comandante de la ciudad. Era anciano ya y me acogió con mucha cordialidad, diciendo que era el segundo blanco que veia, pero cuando fuí á anunciarle que me disponia á partir, me advirtió con muchos rodeos de que no podia alojarme sin pagar los derechos á que estaban sometidos todos los viajeros. Conociendo que seria locura resistir, le dí lo que me pareció, y como creyera que aún era poco se apoderó de mi equipage y se despachó á su placer. En Joag me habian quitado la mitad de lo que poseia y en Tiesia la otra mitad.

Partimos, y despues de pasar por Joembo, pueblo natal del herrero, donde fuimos por esta razon muy obsequiados, y donde no se cansaban de mirarme, pasamos al reino moro de Ludamar, por donde creian mas fácil nuestra llegada á Bambara á que yo me dirigia. Envié un presente á Alí, rey de esta region, pero cuando ya me creia al abrigo de toda vejacion, por estar casi tocando á Gombe, primera ciudad de Bambara, fué cuando me detuvieron para hacerme víctima de su barbárie.

Lleváronme á la presencia de Fátima esposa de Alí, despues de asegurarme que no habia en ello otro objeto que satisfacer la curiosidad de su reina que queria ver un hombre blanco. Introducido á la presencia de Alí, se apiñaban en derredor mio para ecsaminarme, sin cansarse de darme vueltas y de hacerme abrochar y desabrochar el chaleco para reparar la blancura de mi piel y el uso de los botones, que les estrañaba mucho. Cuando llegó la hora de sus oraciones mandó Alí que me diesen de comer, y para el efecto condujeron un cerdo salvaje con objeto de matarlo y prepararlo. No me pareció prudente en presencia de los moros comer de un animal por el que sienten tanto horror; así que no le dieron muerte, sino que por el contrario, le soltaron para que se tirara á mí, porque en su concepto, tienen aquellos animales una antipatía marcada hácia los cristianos. Cuando el cerdo se vió en libertad, acometió á todos indistintamente como era natural.

Alí me hizo preparar una choza para que estuviera al abrigo del sol, á la cual mandó atar el cerdo, lo que me probaba su deseo de tornar en ridiculo al cristiano.

Durante la noche mantuvieron los moros á mi puerta centinelas; pero á pesar de ello penetró un hombre con intento sin duda de robarme alguna cosa ó de asesinarme. Cuando desperté trató de huir; pero tropezó con mi fiel herrero, y fué á caer sobre el cerdo salvaje que le mordió un brazo. A los gritos que dió corrieron todos á mi choza, pensando que trataba de escaparme. Observé en esta ocasion que Alí no habia pasado la noche en su tienda: aquel tirano desconfiaba de tal modo de los que le rodeaban que nunca se sabia donde dormia.

El 13 de Marzo fuí insultado y maltratado como la víspera; pero sin embargo, en el firme propósito de no dar ningun pretexto á su malevolencia, hacia

cuanto me mandaban y soportaba los ultrages con ademan tranquilo.

Los moros, aunque de suyo perezosos, hacen trabajar rigurosamente á cuantos les están sometidos, por lo que enviaron á mi negro Demba á coger yerba para los caballos de Alí, y á mí al tratar de darme una ocupacion, escogieron la de barbero. Al efecto, me fué confiado rasurar la cabeza del jóven príncipe de Ludamar. Yo no sé si por torpeza ó por la mala forma de la navaja, hube de hacerle una cortadura, y en su virtud se me juzgó inhábil para el oficio. Miré este caso de buen prelude, pues cuanto mas inútil me consideraran, mas pronto me dejarían en libertad. Con diversos pretextos se apoderó Alí de cuanto me pertenecía, no quedándome mas que una brújula que habia enterrado la noche anterior y la ropa que tenia puesta. Otra brújula que tenia fué á parar á su poder, y me preguntó por qué aquel pedazo de hierro como él le llamaba, se dirigia siempre del lado del desierto: yo le contesté que ínterin mi madre viviese se inclinaria á la parte en que se hallaba, y que cuando muriese se volveria hácia su tumba. Alí admirado de aquel instrumento me lo volvió diciendo que no queria guardar un objeto mágico.

El 20 de Marzo vino á mí un hijo de Alí, y me informó con mucho interes de que su tío habia aconsejado á su padre que me sacasen los ojos, porque parecían los de un gato; yo, inquieto, pedí al momento permiso para seguir mi viage, lo cual, junto con mi caballo, se me daría despues que me hubiesen visto las mugeres de Alí.

Con este objeto me invitó Alí á ir á caballo en su compañía; pero al hacerlo, se suscitó una dificultad no pequeña, y era que mis pantalones de nankin les parecían demasiado estrechos para ser decentes. Alí mandó que me pusiera un sobre todo que habia llevado siempre conmigo.

Un mes entero habia transcurrido desde mi aparicion en el campo de los moros; Johnson y Demba participaban de los males y miserias que yo les habia atraído. El mas leve de nuestros padecimientos era la dieta. Estábamos por la época del Ramadán, y como los moros guardan religiosamente el ayuno, nos le hacían tambien guardar á nosotros.

Traté de aprender á escribir el árabe, y con los caracteres que trazaba en la arena, entretenia á mis visitantes consiguiendo de este modo que no me mortificasen.

Como Fátima no viniese, determinó Alí ir en persona á buscarla, y durante su ausencia fué nuestra situacion mucho mas penosa, porque llegaron á transcurrir dos dias sin traernos nuestra escasa racion. Johnson y Demba estaban sumamente abatidos á causa de la debilidad, y yo conocia que se me turbaba hasta la vista. Esperábamos con ansia el regreso de Alí y Fátima, á pesar de sus malos tratamientos.

Durante la ausencia del rey se suscitó una discusion con Mansong, rey de Bambara, de resultas de la que se declararon la guerra, y en su consecuencia ordenó el hijo de Alí retirar los ganados y levantar

las tiendas para partir al dia siguiente al amanecer á reunirse con su padre.

A nuestra llegada me dirigí á saludar á Alí al que hallé con Fátima, la cual me acogió con admiracion dándome á beber una taza de leche; por medio de mi intérprete que hablaba el árabe y la mandinga, me hizo muchas preguntas acerca del pais de los cristianos. Alí mismo me recibió mejor que de costumbre, lo cual se esplicaba por la utilidad que le podia reportar peleando.

El calor era estremado; el pais arenoso y árido; los ganados hambrientos se disputaban algun poco de yerba marchita, y combatían por acercarse á los abrevaderos; el esceso de sed ponía muchos toros en estado de furia.

Esta escasez de agua abrumaba á todos; pero á nadie tanto como á mí, que pasaba el suplicio de Tántalo; por la noche, la imaginacion me trasladaba al lado de los rios y arroyuelos de mi patria; me parecia pasear por sus orillas amenas; me echaba á beber, y entonces huía el agua de mis lábios y despertaba. Cuando Demba se acercaba á los pozos para extraerla, le rechazaban los moros á palos.

Estábamos á fin de Mayo, y presentia que no debia tardar en cambiar mi suerte; los acontecimientos que sobrevinieron obraron en mi favor antes de lo que yo habia previsto. Viendo algunos tráfugas de Kaartas que los moros se disponían á abandonarlos, y temiendo el resentimiento del rey de Aisy, de quien habian desertado, propusieron ir con doscientos caballos moros al encuentro de este rey, y yo aproveché esta ocasion para pedir á Fátima y á Alí el favor de acompañarlos, lo que me fué concedido con dulzura. Partí con el hijo de Alí á Sarra, para lo cual me restituyeron una parte de mis efectos y el caballo con todos sus arneses.

El 26 de Mayo abandoné de madrugada á Rubiquer, donde estaba el nuevo campo de Alí, acompañado de Johnson, Demba, y muchos moros á caballo.

El 28 de Mayo, al montar á caballo, detuvieron á Demba, para que volviera al campo de Alí, porque decían le pertenecía; acompañéle yo hasta la presencia del tirano, y por mas razones y súplicas que interpusé, me ví precisado á trueque de ser sacrificados ambos, á abandonarle, no sin que se mezclasen nuestras lágrimas y sin ofrecerle hacer cuanto dependiera de mí por rescatarle.

El 1.º de Junio nos pusimos de nuevo en marcha; nuestra tropa se componía de doscientos hombres á caballo, porque los moros no hacen nunca la guerra á pié.

En Sarra decidí librarme de aquella peligrosa escolta, y á tiempo que los habitantes evacuaban el pueblo á causa de la aproximacion del ejército de Aisy, me retiré con ellos. Al dia siguiente habia pastar mi caballo en los campos cercanos á Queira, cuando el primer esclavo Alí con otros cuatro moros, se aparearon en casa del duty. Desconfiando Johnson del motivo de la visita, encargó á dos muchachos escuchasen la conversacion, adquiriendo así la certidumbre de que venían en busca nuestra. Decidí partir á Bambara, pero Johnson

declaró que no me podia seguir, porque le habian propuesto ayudar á conducir una caravana á orillas de Gambia, ocasion que aprovechaba para regresar al lado de su muger y familia. Me determiné á partir solo, y arreglé mi equipage, el que la rapacidad de los moros habia reducido á dos camisas, dos pares de pantalones, dos pañuelos, un levitín, un sombrero y un sobretodo.

Al rayar el alba burlamos la vigilancia de los moros, y escapamos, y nos despedimos recomendándole yo mucho los papeles que le entregué para mis amigos.

A poco mas de una legua me ví perseguido por tres moros que venían sobre mí al galope apuntándome con sus fusiles. Aquellos moros eran ladrones, que registraron mi equipage, en el que no hallaron nada que les conviniera, mas que mi sobretodo, que me servia para guarecerme de la lluvia.

Procuré internarme en el desierto dirigiendo mi rumbo, segun la brújula, hácia el Este-sud-este, con intento de llegar lo mas pronto posible á cualquier ciudad del reino de Bambara. Mi situacion era deplorable, porque carecia de medios para comprar víveres, y no tenia seguridad de encontrar agua.

Hallé una manada de cabras, guardadas por dos moros muy súbditos de Alí, los cuales faltos tambien de agua, se dirigían á toda prisa á Dena, donde solia haberla. No me quedaba mas partido que seguir mi camino con la esperanza de tener mas fortuna que los pastores. La sed que padecia, era insuportable.

Por todas partes no veia mas que un arenal uniforme sembrado de arbustos; mi caballo apenas tenia fuerzas para comer de las matas, y yo vine al suelo completamente desvanecido. Cuando volví en mi acuerdo, el sol detrás de los árboles se ocultaba; procuré recoger toda mi energía, debida mas á la frescura de la noche que á mis propios ánimos; hice marchar delante de mí al caballo, y decidí caminar á pié en busca de agua, tanto como fuera posible. Cosa de una hora llevaria de marcha, cuando observé que hácia el Nordeste empezaba á relampaguear, lo cual reanimó mi esperanza, porque me prometia tener agua de la que arrojase las nubes. En efecto, conseguí aliviar la sed, estendiendo una de mis camisas en la arena, dejándola empapar de agua, torciéndola y chupándola despues. A la luz de los relámpagos observaba la brújula, á favor de la cual enderezaba mi camino; pero á media noche empezaron á ser menos frecuentes, y ya tuve que dirigirme á tiendas con grave riesgo de mis manos y mis ojos. Hácia las dos de la mañana se detuvo mi caballo, y queriendo investigar la causa, reparé en torno mio y divisé entre los árboles algunos resplandores poco perceptibles y cercanos. Temia caer en poder de los moros, y así traté de ver si podia sin peligro descubrir indicio de la gente que allí se abrigaba. El afán de calmar la sed, me hizo llegar á un pozo demasiado próximo á una de las tiendas, y habiéndome divisado una muger comenzó á dar gritos. Dos hombres que salieron pasaron tan cerca de mí, que me creí

descubierto; pero afortunadamente iban corriendo, y dejándome la ocasion de internarme en los bosques.

Una milla mas allá encontré unas charcas, hácia las cuales me encaminó el rumor del canto de un sinnúmero de ranas que habia en ellas. Apagada la sed mia y de mi caballo, subí á un árbol por descubrir campo, y divisé la columna de humo que despedían las tiendas junto de las que habia pasado aquella noche, y mas allá doce ó catorce millas hácia el Este-sudeste, otra que indicaba tambien ser recinto de habitaciones. Dirigiéndome hácia este lado, entré por campos bien cultivados, en los que se veían multitud de negros ocupados en sembrar maiz. Informándome del nombre de la poblacion inmediata, supe que se llamaba Schrilla, y que sus habitantes eran negros fulahs súbditos de Alí.

Este nombre me detuvo un momento; pero como mi caballo estaba estenuado y me atormentaba el hambre demasiado, decidí aventurarlo todo llegando á la casa del duty, donde no quisieron recibirme. Me alejaba tristemente de la poblacion, cuando reparé en algunas chozas diseminadas que habia fuera de su recinto, y acordándome que en Africa como en Europa la caridad no habita muchas veces en las casas opulentas, me dirigí á aquellas pobres habitaciones, y dí á entender por señas á una muger anciana que hilaba algodón, que moria de hambre. Dióme al punto un plato de alcuzeuz y un poco de maiz para mi caballo, regalándola yo en cambio uno de mis pañuelos de bolsillo.

En tanto que comia mi caballo, comenzaron á rodearme una porcion de gentes, que no dudé tratasen de mí; y temiendo supieran mi fuga del campo de Alí y que tal vez intentasen conducirme á él, recogí el maiz que me habia proporcionado la pobre muger, y tomé el camino del Norte, á fin de que no pensasen escusaba dirigirme al campo de aquel rey.

Cuando estaba dos millas de distancia, lejos de las miradas de gran número de habitantes que me habian seguido, me interné en los bosques, donde pude hacer un descanso.

El 4 de Julio todavía seguia caminando de bosque en bosque; y hasta el 20 del mismo mes, no llegué á las cercanías de la ciudad de Segó, donde se cumplía el objeto de mi mision. Viajaba hacia algun tiempo con kaartanes fugitivos, que me habian prometido presentarme al rey del pais.

PORMENORES SOBRE SEGO.—REGRESO DE MUNGO-PARK.

Hé aquí pormenores sobre Segó, capital de Bambara en Africa. Consta de cuatro ciudades distintas: dos de ellas situadas en la orilla septentrional del Níger, que llaman Segó-Kono y Segó-Bou; y las otras dos en la orilla meridional, nombrándose Segó-Sou-Kono y Segó-Sec-Kono. Las cuatro se hallan circundadas de espesas murallas; las casas construidas de arcilla son de forma cuadrada, y sus techos chatos como los terrados; algunas tienen dos